

SOBRE EL MONUMENTO A MAXIMO GOMEZ.

PICOTAZOS

Alerta, La Habana, nov. 18, 1935.

Con todos los respetos que nos merece Aldo Gamba y cuantos escultores hayan apelado al mismo truco decorativo, declaramos sinceramente nuestra inconformidad con ese absurdo inaceptable de que el corcel del Generalísimo - cuyo monumento hoy se inaugura - aparezca trepado en la azotea de un edificio.

Sea el Templo de la Fama o la Catedral de San Marcos, no es concebible que sobre un tejado o sobre una azotea pueda surgir la silueta de otro cuadrúpedo que no sea la de un gato, pues hasta cuando se trata de un perro, todo el mundo levanta la vista con extrañeza, preguntándose que hará aquel animal "allá arriba".

El caso de que el prestigioso político mexicano, José Vasconcelos, cuando fué Secretario de Instrucción Pública de su país, ordenó que fueran desmontados de la cornisa del Teatro Nacional de la ciudad de México unos caballos bronceos cuya visión le venía haciendo cosquillas ha largo tiempo, por la misma razón que a nosotros siempre nos parecerá raro ver al Generalísimo Gómez caballero en un brioso corcel en lo alto de un templete que se parece mucho al pórtico del edificio de la Secretaría de Hacienda.

Es lástima, porque sustituido ese detalle del basamento por algo más natural (un peñasco, vervigracia) el monumento hubiera quedado primoroso.